

Lo que había en los cimientos del templo mayor. Los cimientos de esos sorprendentes *teocallis*, levantados á la deidad sangrienta de *Huitzilopochtli*, estaban, generalmente, empapados en sangre de víctimas humanas y ocultaban en ellos alhajas y tesoros de considerable valor.

Esto, al menos, aconteció en la fabricacion del gran *teocalli* de Tlatelolco, dedicado al númen de la guerra. Gran número de prisioneros hechos en varias batallas, fueron sacrificados al abrir los cimientos del *teocalli*, para que, bañados en la sangre de los infelices indios sacrificados, fuesen dignos del grandioso santuario dedicado al dios de las batallas. Enrojecidos los cimientos con el caliente líquido de las numerosas víctimas, todos los vecinos de alguna valía, así como los grandes y nobles de la ciudad, depositaron en ellos, como ofrenda de amor y de respeto á la divinidad que adoraban, láminas y piezas de oro, plata, piedras preciosas, grandes perlas, aljófar y otras muchas alhajas de considerable valor (1).

Queriendo Ahuitzotl que la fiesta de la dedicacion de aquel templo fuese la primera en su clase que se hubiese verificado, dispuso que todos los prisioneros que se hicieran hasta su conclusion, se reservasen para el dia de la solemnidad.

(1) Bernal Diaz del Castillo, en su historia de la «Conquista de la Nueva España,» dice que, después de la conquista de Méjico por los españoles, de que él formó parte como valiente soldado, se derribó el *gran cu de Huitzilopochtli*, para levantar allí una iglesia á Santiago; y que cuando abrian los cimientos de la iglesia católica para hacerlos mas firmes, hallaron «mucho oro y plata y chacchihuis, y perlas é aljófar y otras piedras.» Igual riqueza asegura que encontró otro vecino, á quien se le dió un solar en el mismo sitio para fabricar una casa.

Entre tanto que la magnífica obra seguía, el rey Ahuitzotl salió á campaña varias veces contra los zapotecas y contra otros varios pueblos, á quienes sujetó y venció, llevando á Méjico ricos despojos y gran número de prisioneros. Cuatro años duró la construcción del templo, en que trabajaron millares de operarios, y cuatro años guerreó el monarca Ahuitzotl contra muchas ciudades que venció, conservando los prisioneros hechos en todas las batallas, para sacrificarlos, como he dicho, en la apertura del espacioso santuario.

1486. Cuando la obra estuvo terminada, el rey Se sacrifican sesenta y ocho mil prisioneros en la dedicacion del templo á Huitzilopochtli. convidó á los monarcas de Acolhuacan y de Tacuba, así como á la nobleza de ambos reinos, á las fiestas de la dedicación, á la cual asistió un número fabuloso de personas, que algunos historiadores hacen subir á millones.

Abierto el templo en 1486, los prisioneros hechos en los cuatro años, que ascendían á sesenta y ocho mil, fueron colocados en dos filas, cada una de milla y media de largo, que daban principio en las calles de Iztapalapan y de Tacuba, y que iban á terminar en el nuevo templo (1).

Un numeroso gentío, que había acudido de todas las provincias y pueblos á la ciudad de Méjico para asistir á

(1) El fraile franciscano Betancourt, en su obra intitulada *Teatro mejicano*, impresa en Méjico en 1698, dice que la fila de prisioneros para el sacrificio, ordenada en la calzada de Iztapalapa, comenzaba en aquel sitio que se llama hoy la *candelaria Malcuiltapilco*, por cuya causa tuvo este nombre, pues *Malcuiltapilco* significa punta, cola ó extremidad de prisioneros. El historiador D. Francisco Clavijero, versado en el antiguo idioma mejicano, dice que «la conjetura de Betancourt es muy verosímil, y que no es fácil encontrar otro origen de este nombre.»

la dedicacion del templo, llenaba las plazas y las calles.

Los sacerdotes, preparados con sus afilados cuchillos de pedernal, iban recibiendo á las infelices víctimas, á las cuales iban sacrificando á medida que llegaban al átrio principal del templo de la sanguinaria deidad.

Cuatro dias duraron las fiestas de la dedicacion, en los cuales fueron sacrificados los sesenta y ocho mil desgraciados, que habian tenido la desventura de caer prisioneros.

Así, aquel templo, cuyos cimientos estaban empapados con sangre humana, que hizo verter el anterior monarca Tizoc, fué abierto á las ceremonias idolátricas con rios tambien de sangre de las desventuradas víctimas sacrificadas por orden del rey Ahuitzotl.

La vida de los indios pintada por los poetas, es la opuesta á la real. Cuando yo escucho ensalzar á los poetas en dulcísimas cantigas de ritmo cadencioso, las interminables delicias en que fingen envuelta la existencia de los primitivos habitantes de la América; cuando en selectos períodos de seductoras frases y de escogidas voces les presentan á la contemplacion del mundo, reclinados en blandos lechos de fragantes rosas y bajo el fresco toldo de benéficas palmeras; libres como el aire, tranquilos como el sueño de la inocencia, favorecidos con los abundantes y sabrosos frutos que afectuosa les brinda la pródiga naturaleza; recordando con delicia el pasado, contentos con el presente y acariciando las delicias del futuro; cuando esas bellas descripciones leo, y miro la triste realidad de la vida del indio, obligado á labrar la tierra de sus señores y á fabricar sus suntuosos palacios, envuelto siempre en desastrosas guerras, en que

si era vencido, no tenia mas porvenir que el de ser sacrificado á los dioses ó gemir esclavo de algun poderoso magnate, no puedo menos de maravillarme de que, pintores llenos de inspiracion, hayan pintado un cuadro, cuya valentia de pincel admira; cuya inexactitud con el original, asombra.

La historia, mas exacta que la poesía, se ve en el sensible deber de presentar la realidad, desvaneciendo los bellos ensueños con que la segunda entretiene, halagando, la viva imaginacion de los lectores. El menos favorecido de los bienes de fortuna de esos poetas, no cambiaria su modesta posicion por la de los séres á quienes presenta en medio de un paraíso de interminables venturas. No hay noticia de que ninguno de esos entusiastas trovadores haya marchado, en nuestros dias, á asentar su morada en medio de los aduares de los indios comanches, ni de las errantes tribus de los apaches.

Pasados los cuatro dias de regocijos y de hecatombes, el monarca Ahuitzotl hizo grandes regalos á todos los personajes que habia convidado á ellos, y los monarcas aliados, así como los señores de las provincias, volvieron á su país, admirados de la grandeza y lujo desplegados por el soberano de Méjico.

Mas hecatombes. Pocos meses despues, pero en el mismo año, se verificó otra horrible hecatombe de víctimas humanas. Mozauhqui, señor de Xalallauhco, muy adicto al rey de Méjico, queriendo celebrar tambien con el mayor fausto posible la dedicacion de un templo que acababa de edificarse por orden suya, sacrificó en las fiestas celebradas, un número considerable de desdicha-

dos prisioneros, á quienes se habia mantenido con abundantes alimentos para que fuesen vigorosos y sanos á servir de ofrenda á los dioses.

Causa asombro, que naciones que habian llegado á un grado de cultura y de adelanto que admira; que en la legislacion, en las ciencias, en la agricultura y en las artes llamaron la atencion de los mismos españoles, que mas tarde llegaron á pisar aquellas fértiles regiones, tuviesen una costumbre que hace estremecer al pensar en ella. Pero esa extraña mezcla de civilizacion y de duras costumbres, se concibe sin esfuerzo, al traer á la memoria que la sociedad se encontraba distribuida en clases privilegiadas y plebeya, sin que existiese contacto ninguno entre las primeras y la última. En las naciones del Anáhuac, el pueblo se hallaba dividido en clases, cada una de las cuales se encontraba dedicada á determinados trabajos, y le estaba vedado dedicarse á las otras. Trabajando todas en beneficio de la corporacion, de los reyes, del ejército y de la nobleza, y no gozando, por lo mismo, de propiedad particular, podian enriquecer el pais, como realmente enriquecieron, con magníficas obras, con espaciosas calzadas, con vastos palacios y jardines, con acueductos y obras notables de orfebrería, tejidos y pluma; pero era muy difícil que, conservando ese aspecto uniforme, pudiesen avanzar, si no es muy lentamente, en el cultivo moral.

1487. Muerte de Chimalpopoca, rey de Tacuba. Mientras el belicoso rey de Méjico, el conquistador Ahuitzotl, meditaba en nuevas conquistas que llevasen su poder hasta los confines mas lejanos del Anáhuac, el monarca de Tacuba, el pacífico Chimalpopoca, dejó de existir en 1487,

despues de un reinado venturoso de diez y ocho años. Su muerte fué muy sentida por sus vasallos, así como por los soberanos de Méjico y de Texcoco. En ese año mismo, se sintió un terrible terremoto, que causó grandes daños en los edificios, y que llenó de consternacion á los habitantes.

Totoquihuatzin 3.<sup>er</sup> rey de Tacuba. A ocupar el trono del finado Chimalpopoca subió Totoquihuatzin, segundo de este nombre, cuyas virtudes y valor le hacian apreciable á los ojos del pueblo.

Nuevas conquistas del rey Ahuitzotl. Dominado el monarca Ahuitzotl de un espíritu belicoso y guerrero, y encontrando su mayor placer en el estruendo de las armas, dispuso su aguerrido ejército, y poniéndose al frente de él, llevó la guerra á los habitantes de Cozacuauhtenanco. Los contrarios se dispusieron para el combate, y la batalla que se dió fué de las mas sangrientas. Los mejicanos vencieron al fin; y Ahuitzotl, exasperado por la tenaz resistencia que habia encontrado, cometió con los desdichados habitantes de la provincia vencida, actos de la más repugnante crueldad, no perdonando ni á niños, ni á ancianos, ni á mujeres. Enardecido mas y mas su espíritu guerrero con aquel brillante triunfo, se dirigió á Cuapilotlan, á cuyos habitantes sometió á su obediencia, marchó en seguida sobre la provincia de Quetzalcuitlapillan, habitada por gente intrépida y guerrera, á la cual venció despues de obstinada lucha; y por último, dirigió sus formidables huestes sobre Cuauhtla, lugar situado en la costa del seno mejicano.

En estas campañas, acompañaron al rey Ahuitzotl, Moctezuma, hijo del anterior monarca Axayacatl, su her-

mano Tezcatzin, y el valiente Tliltotoll, noble mejicano, que llegó á ser mas tarde general del ejército.

Los habitantes de Cuauhtla combatieron con heroico brio contra los mejicanos; pero al cabo se vieron vencidos. En estos combates se distinguió, de una manera singular, el jóven Moctezuma, poco antes mencionado, y que por su rango, su valor y su nacimiento, estaba llamado á suceder en el trono al monarca Ahuitzotl.

Aunque el monarca mejicano se deleitaba con el estruendo de los combates, no por eso descuidaba los demás negocios públicos, ni el embellecimiento de la ciudad. Magníficos y numerosos edificios se construyeron en su tiempo, que no tenian rival en ninguna otra ciudad de la América. Méjico, bajo el reinado de Ahuitzotl, llegó al esplendor asombroso en que la encontraron los españoles, y fué la poblacion más grande, rica y hermosa del Nuevo Mundo.

Cierto es que esta grandeza era á costa de los enormes tributos impuestos á los pueblos conquistados; pero hubiera sido peor que se exigiesen aquellos con el rigor que se exigian, sin que la ciudad y sus habitantes hubiesen participado de los beneficios de las conquistas. No; el rey Ahuitzotl, lo mismo que sus predecesores, se manifestó celoso del engrandecimiento de su nacion, y cuando recibia los tributos de las provincias á él sujetas, congregaba á la plebe, y entre las familias más pobres y necesitadas repartia, por su propia mano, algunos víveres y ropa que remediasen, en algo, sus males. Igualmente generoso se manifestaba con los capitanes y soldados que se habian distinguido en los combates, así como con los ministros y empleados de la corona que cumplian religiosamente con

sus obligaciones. Valiosos objetos de oro, de joyas, de plata y de ricas plumas, eran los regalos con que obsequiaba sus excelentes servicios.

A pesar del carácter guerrero que distinguia al monarca Ahuitzotl, era sumamente alegre y jovial, y su aficion á la música rayaba casi en fanatismo. Durante las temporadas de paz, que permanecia en palacio, nunca faltaba ésta ni de dia ni de noche, no sin grave perjuicio de los negocios públicos, que los descuidaba el filarmónico monarca por deleitarse en los acordes del arte encantador.

Sin embargo, su pasion dominante era la guerra; y prefiriendo á todos los placeres, los horrores de las sangrientas luchas, buscaba los pretextos mas á propósito para declarar la guerra á cualquiera nacion á quien deseaba hacer feudataria de la corona de Méjico.

De uno de esos pretextos se valió para llevar su ejército contra la república de los huexotzingos. Unidas sus tropas á las texcocanas, que puso á sus órdenes el monarca Nezahualpilli, se dieron combates muy sangrientos, en que se distinguieron por sus heroicos hechos Moctezuma, su hermano Tezcatzin y el noble mejicano Tliltotoll. Despues de sérios combates, desastrosos la mayor parte para los huexotzingos, Ahuitzotl volvió á Méjico con gran número de prisioneros y de ricos despojos, siendo recibido con indecible entusiasmo.

Antes de haber salido á la última campaña, el rey Ahuitzotl habia mandado construir un templo llamado *Tlacateco* que, á los pocos dias de haber llegado triunfante, quedó concluido á su satisfaccion. Ahuitzotl quiso celebrar la dedicacion del nuevo santuario con el mayor

fausto posible, y en las fiestas que se dispusieron, fueron sacrificados todos los prisioneros hechos en las guerras anteriores. El incendio de otro templo llamado Tlillan, verificado en los momentos de los regocijos públicos, llegó á derramar la mas profunda tristeza en los corazones poco antes entregados al júbilo y á la alegría.

1496. Nuevas conquistas siguieron á las luchas pasadas; y queriendo castigar algunos desmanes de las provincias tributarias, Ahuitzotl entró repentinamente en el valle de Atlixco, sin que sus habitantes tuviesen otro aviso de aquella guerra, que la vista de las tropas mejicanas en su provincia. Los atlixqueños, aunque sorprendidos, corrieron á tomar las armas para defenderse, y enviaron embajadores á los huexotzingos, sus vecinos, pidiéndoles su auxilio.

Aunque la república de Huexotzingo era feudataria de la corona de Méjico desde el reinado de Axayacatl, sin embargo, siempre estaban sus habitantes dispuestos á confederarse con los enemigos de los mejicanos, con el objeto de sacudir la dependencia á que estaban sujetos.

Los enviados atlixqueños fueron, por lo mismo, recibidos con satisfaccion por el gobierno. En los momentos que llegaron á Huexotzingo, se hallaba jugando al balon un famoso capitán llamado Toltecatl, que reunia á un valor sin límites una fuerza verdaderamente hercúlea. Noticioso de lo que pasaba, y ansioso de batirse contra los mejicanos, se puso al frente de las fuerzas auxiliares que el gobierno convino en poner en disposicion de los de Atlixco, y se dirigió á este último punto. Confiado en la pujanza irresistible de

Los mejicanos  
son derrotados  
en Atlixco.

pasadas; y queriendo castigar algunos desmanes de las provincias tributarias, Ahuitzotl

entró repentinamente en el valle de Atlixco, sin que sus habitantes tuviesen otro aviso de aquella guerra, que la vista de las tropas mejicanas en su provincia. Los atlixqueños, aunque sorprendidos, corrieron á tomar las armas para defenderse, y enviaron embajadores á los huexotzingos, sus vecinos, pidiéndoles su auxilio.

Aunque la república de Huexotzingo era feudataria de la corona de Méjico desde el reinado de Axayacatl, sin embargo, siempre estaban sus habitantes dispuestos á confederarse con los enemigos de los mejicanos, con el objeto de sacudir la dependencia á que estaban sujetos.

Los enviados atlixqueños fueron, por lo mismo, recibidos con satisfaccion por el gobierno. En los momentos que llegaron á Huexotzingo, se hallaba jugando al balon un famoso capitán llamado Toltecatl, que reunia á un valor sin límites una fuerza verdaderamente hercúlea. Noticioso de lo que pasaba, y ansioso de batirse contra los mejicanos, se puso al frente de las fuerzas auxiliares que el gobierno convino en poner en disposicion de los de Atlixco, y se dirigió á este último punto. Confiado en la pujanza irresistible de

su brazo, y queriendo al mismo tiempo hacer alarde de su valor y del desprecio con que miraba á sus enemigos, entró sin armas en la batalla, se arrojó sobre sus contrarios, destrozó á uno con sus manos, y apoderándose de sus armas, hizo una horrible carnicería, una verdadera matanza en las filas mejicanas. En vano las tropas del rey Ahuitzotl hicieron esfuerzos inauditos para alcanzar la victoria. Era imposible resistir el tremendo choque de las fuerzas contrarias, y los mejicanos, viéndose acosados por todas partes, emprendieron la fuga, volviéndose á Méjico destruidos y avergonzados.

Los huexotzingos, contentos por la brillante victoria alcanzada, y persuadiéndose de que con ella habian roto para siempre el yugo y la dependencia á que habian estado sujetos, elevaron al valiente Toltecatl á la primera magistratura de la república, con el noble fin de recompensar sus servicios. El favorecido capitán, ageno á la bastarda ambicion de mando, pero no á la noble y santa del bien de la patria, admitió agradecido la elevada investidura con que se le honraba, animado del laudable pensamiento de corregir los abusos que corroian la sociedad. Convencido de que nunca dan mejores resultados las providencias de orden y de moralidad que cuando los primeros á quienes se aplican son los que se encuentran en posicion elevada, dirigió una amonestacion á los sacerdotes y á otros ministros de las multiplicadas deidades, previniéndoles que procurasen no traspasar, en lo sucesivo, como lo habian hecho hasta entonces, los límites de sus atribuciones. La prevencion del nuevo gobernante habia sido dictada por el sentimiento de la mas recta justicia. Tiempo